

D E L U S O

JOSÉ FERRATER MORA

I

“Para una *amplia* clase de casos en los que se emplea la palabra ‘significado’ —bien que no para *todos* los casos—, cabe explicar dicha palabra como sigue: El significado de una palabra es su uso en el lenguaje”.

Esta declaración de Wittgenstein ha conmovido el mundo filosófico, y hasta ha reverberado en otros orbes. ¿Será porque no se había dicho jamás nada remotamente parecido? Hay cosas nuevas bajo el sol, pero ni son tantas ni tan completamente nuevas. Alfred Sidgwick proclamó tiempo ha que el significado es “la aplicación”. Cierto que se trataba del significado de enunciados generales; el significado de una expresión es su aplicación porque buscar un significado definido equivale a investigar de qué modo “un nombre general será aplicado a casos particulares”. Pero no sería difícil elaborar la noción citada de aplicación en un sentido bastante próximo al de la noción wittgensteiniana de uso. Por lo demás, Sidgwick planteó respecto a la aplicación cuestiones que serían harto pertinentes en relación con el uso; por ejemplo, si, y en qué medida, puede especificarse el significado con antelación a, y en vista de, la aplicación. Hans Lipps puso de relieve que no se entienden, propiamente hablando, “significados”, sino palabras con respecto a un contexto en el cual significan, de suerte que el titulado “significado” se produce ante todo en el intercambio verbal. Y así otros autores, en particular los lingüistas de propensión “contextualista”. Cabe, pues, preguntar

si la conmoción producida por las frases de Wittgenstein no será, a la postre, sino una de esas bataholas que se arman de vez en vez entre filósofos por razón de época, paraje, ocasión, boga o simplemente personalidad.

Admito que el tiempo, el lugar, la oportunidad, y hasta la moda cuentan en filosofía más de lo que se suele sospechar; no basta decir algo: hay que decirlo en su sitio y sazón. En cuanto a lo que cabe llamar “la personalidad del filósofo”, resulta que no es meramente un vilano en el aire, sino un ingrediente de mucho calibre en el destino de una obra filosófica. Sin embargo, aun con todas estas atenuantes (o, si se prefiere, agravantes), hay motivo para justificar la conmoción engendrada por las palabras de Wittgenstein. Por lo pronto, éstas no constituyen una observación al desgaire que se haya deslizado más o menos azarosamente en la laberíntica trama de pensamientos urdida por el filósofo; son más bien como un promontorio que se yergue en un punto de lo que es de suyo una larga cordillera. Además, “El significado es el uso” no es, en rigor, una tesis, sino una especie de pronunciamento muy distinto, en tono y el contenido, de otros que han producido asimismo grandes (y en algunos casos aun mayores) conmociones, pero similar a éstos por la fuerza que lo mueve: “El lenguaje es la morada del ser”, “Yo soy yo y mi circunstancia”, “El hombre está condenado a ser libre”, “Dios ha muerto”, “Los filósofos se han limitado a *interpretar* el mundo de varios modos y maneras, pero de lo que se trata es de *cambiarlo*”, “La verdad es el todo”, etc., etc. Un pronunciamento de esta especie se parece a una llave maestra que permite abrir muchas puertas —y que deja definitivamente cerradas otras—. En todo caso, arrastra consigo una copia impresionante de problemas, nudos y perplejidades filosóficas, al punto que resulta difícil decidir siquiera si lo que se afirma es acertado o errado, plausible o dudoso. Nada sorprendente que, en vista de ello, se agite y conturbe la atmósfera filosófica.

Enfilaré acto seguido varias reflexiones sobre, en torno a, y a propósito de las briosas palabras de Wittgenstein. No olvido que incluyen una mañosa reserva —“...bien que no para *todos* los casos...”— y que van seguidas de esta advertencia: “Y el *significado* de un nombre se explica a veces apuntando a su *portador*” —que no conviene echar en saco roto, sobre todo viniendo de la pluma de quien puso antes en la picota las doctrinas referenciales del significado, sin excluir la propia. Pero de momento me atenderé al aspecto

central de dicho pronunciamento; al fin y al cabo, la clase de casos en cuestión es *amplia*.

2

A veces parece que no hay más remedio que asentir sin chistar: el significado no puede ser ni más ni menos que el uso cuando se trata de expresiones que describen una jugada —buena o mala— en un juego —y no sólo en uno lingüístico.

Consideremos un ejemplo interesante, y hasta un tanto extremo: el de una expresión que ejerce la función indicada y que por ventura ha sido introducido al efecto en otra lengua, en la que, por lo demás, ha quedado incorporada sin mayores quejumbres.

El juego que tengo presente es el fútbol, que lleva ya de suyo un nombre “extranjero”, moderadamente disfrazado en su transcripción fonética. Llámese “fútbol” o “balompié”, una de las infracciones que pueden cometerse en él corre bajo la voz *off-side*. Cuando un jugador de fútbol de lengua española, o un espectador del juego que usufructúa la misma lengua, oye la expresión *off-side*, sabe perfectamente a qué atenerse: un jugador ha cometido, o se supone que ha cometido, la infracción consistente en colocarse, en un momento determinado del partido, entre el portero y uno de los jugadores del bando contrario, y en recibir, en esta situación particularmente ventajosa, el balón. No es menester, por descontado, recurrir a la voz *off-side* (en mis mocedades decíamos *orsai* y procedíamos en consecuencia; lo mismo habríamos hecho si un maestro teutonizante hubiese impuesto, para los mismos efectos, la palabra *abseits*, o si, dejándonos llevar por un pseudo-casticismo, hubiéramos adoptado expresiones como ‘abusón’ o ‘adelantao’). Supongamos, sin embargo, que seguimos emperrándonos en gritar *off-side* cada vez que se comete, o se juzga que se comete, la infracción de referencia. Los hispanoparlantes entenderán por *off-side* lo mismo que los angloparlantes. El significado de *off-side* en el fútbol es el uso que se hace de *off-side*.

Se alegrará que si un jugador o un espectador de lengua inglesa reflexionan por un momento sobre la expresión *off-side*, descubrirán que su uso no es enteramente arbitrario. Puesto que *side* equivale a lo que llamamos ‘lado’, y *off* equivale a lo que podríamos llamar ‘aparte’, ‘fuera de’, ‘alejado de’, etc., ¿qué más “natural” que calificar de *off-side* la infracción consistente en colocarse “aparte”,

“fuera de” o “alejado de” un sitio o “lado” que sería el correcto o apropiado según las reglas del juego? Se concluirá, en vista de ello, que el significado de *off-side* no es su uso, sino a la inversa: que *off-side* se usa como se usa porque significa lo que significa.

Esta conclusión tiene, empero, algo de desconcertante. Para empezar, parece otorgar una especie de “prima” al que habla, o conoce, la lengua donde figura la voz *off-side*. Éste conocería de antemano el significado de *off-side* y aplicaría este significado a una clase determinada de jugadas, y específicamente de infracciones. El que no habla, o conoce, la lengua donde figura dicha voz empezaría, en cambio, con el uso y a base de él entendería el significado. Todo lo cual parece suponer que unos entienden *off-side* mejor que otros, y hasta que sólo unos lo entienden mientras que otros se limitan a usarlo. Ahora bien, ello es harto dudoso. De lo que se trata aquí, en efecto, no es de un significado de *off-side* del cual se desgajarían varios usos, o de varios significados correspondientes a otros tantos usos, sino de un uso determinado: el que tiene *off-side* en el juego de fútbol. No se puede concluir, pues, que *off-side* en el juego de referencia tiene un significado que va más allá de su uso. *Off-side* puede tener varios significados, pero ni más ni menos que los de los usos correspondientes. El anglo-parlante, o el conocedor del inglés, puede pensar que *off-side* describe la situación de algo, o alguien, en el espacio y, por extensión, de algo, o alguien, fuera de, o al otro lado de, una demarcación que separa una “zona” en dos “lados”. En virtud de ello, puede decir, por ejemplo, que un político se halla *off-side* o que una doctrina filosófica se encuentra en una situación de *off-side*, y así sucesivamente. Pero ninguno de estos “significados” es el que tiene *off-side* en nuestro juego. No importa lo que se “piense” cuando se dice *off-side* en un partido de fútbol; se puede pensar en la Luna o en la depreciación de la libra esterlina: lo que importa es lo que se hace, o puede hacer, con la voz *off-side* en el juego de fútbol, vulgo, balompié.

Puede todavía insistirse en que, a pesar de todo, se dice *off-side* y no, por ejemplo, “Cla”, aun cuando, si se instituyera la costumbre de llamar “Cla” a la infracción nombrada *off-side*, no por ello estaríamos confundidos; en último término, para un hispanoparlante, ‘Cla’ es casi tan “extraño” como *off-side* (y no digamos *orsai*). En ello hay un punto de razón; si bien en principio se podrían adoptar voces “arbitrarias” para calificar jugadas, de hecho no se adoptan. Tras haber quedado tan satisfechos con el ejemplo aducido para

confirmar que el significado es el uso, subsiste la miaja de una duda: ¿no será que, en lugar de significar su uso, ciertos términos —una amplia clase de ellos— se usarán para significar?

3

En una conversación oigo las palabras “estallido sónico” (prefero “estampido”, que se me antoja una pizca más onomatopéyico, pero el Diccionario que consulto al efecto propone “estallido” y a él me atengo) y varios enunciados en los que figuran dichas palabras: “los aviones cuya velocidad es superior a la del sonido producen estallidos sónicos capaces de destruir lo que van dejando tras sí”, “los estallidos sónicos no son más ruidosos que los truenos, pero sus efectos son mucho más temibles”, etc. Creo haber entendido bien lo que significa “estallido sónico”, y hasta me jacto de estar al tanto del asunto diciendo, por ejemplo, “Sí, en efecto, he oído decir que hay gentes que están muy alarmadas por la amenaza que representan los estallidos sónicos” o “La verdad es que no se ha encontrado todavía ninguna solución al problema de los estallidos sónicos”.

A menos que despliegue una habilidad singular para repetir palabras que no entiendo —lo que podría ocurrir en algunos casos: si me dicen “Los camiones producen vibrostinas, que resultan muy peligrosas”, puedo exclamar, “Sí, todo el mundo está muy alarmado por las vibrostinas” aun cuando no tenga la menor idea de lo que tales “vibrostinas” sean—, lo normal es suponer que entiendo las palabras de referencia. Tratándose de estallidos sónicos, sería imperdonable no entender de qué se me habla cuando se me ha dicho lo que son tales estallidos: los que producen los aviones cuya velocidad es superior a la del sonido; cuando entiendo lo que quiere decir “velocidad superior a la del sonido” y cuando, además, me es muy fácil, aunque no hubiese oído jamás el adjetivo “sónico”, relacionarlo con el término “sonido”. Puedo concluir que entiendo “estallido sónico” lo suficiente para hacer uso de estas palabras, o también que pongo uso adecuado de ellas las entiendo suficientemente.

¿Equivale todo esto a afirmar que entiendo “estallido sónico” tan bien —tan adecuadamente, tan completamente, etc.— como un ingeniero que esté trabajando en el problema creado por los estallidos sónicos? Es harto dudoso. Por supuesto que el ingeniero usa la expresión “estallido sónico” y otras expresiones en las cuales figura

la misma de un modo similar a los sugeridos. A lo mejor el hipotético ingeniero es el mismo que dijo "los aviones cuya velocidad, etc." y la mismísima persona a quien respondí, "Sí, en efecto, etc.". Ambos usamos, pues, las palabras en igual sentido —o ambos les damos el sentido que corresponde a su efectivo uso—; el ingeniero no entiende por "estallido sónico" una cosa y yo otra distinta. ¿Por qué pretender que el ingeniero entiende por "estallido sónico" más que yo? Los pensamientos que suscita "estallido sónico" no son el significado de "estallido sónico", ya que al decir estas palabras puedo estar pensando en mi pobre tío Alberto, que está sordo como una tapia, y ello no agrega ni quita nada al significado de "estallido sónico". Entonces, y si el significado se determina por el uso, el ingeniero y yo y todos los que usan la expresión "estallido sónico" sin excesivos tropiezos, estamos a la par.

Pero no se trata de pensar en el tío Alberto, o siquiera en imaginar toda clase de estallidos, incluyendo los titulados "sónicos". El hecho es que el ingeniero sabe más que yo acerca de estallidos sónicos; sabe, por ejemplo, que el aluminio pierde su resistencia a la velocidad Mach 3 en tanto que a la misma velocidad el acero inoxidable funciona a las mil maravillas; que, por desgracia, tal acero es demasiado pesado por lo que podría sustituirse por el titanio, cuyas propiedades, empero, no son por el momento muy conocidas, cuando menos al nivel de su uso industrial, y así sucesivamente. No se diga que nada de esto tiene que ver con los estallidos sónicos, porque esto, y otras muchas cosas, es justamente lo que tiene que ver con los susodichos estallidos. ¿Qué será, si no? El significado de "estallido sónico" no consiste, o no consiste únicamente, en la información relativa a estallidos sónicos, pero sería chusco que esta información no tuviera nada que ver con lo que la expresión quiere decir.

Se alegará que nada de eso se opone a que el significado sea función del uso, puesto que el significado que tiene para el ingeniero "estallido sónico" es el uso que hace de estas palabras, y que cuando habla con sus colegas de cuestiones técnicas relativas a aviones supersónicos no hace sino usar las mismas palabras, si bien dentro de un contexto que yo, y los que no somos ingenieros aeronáuticos, ignoramos. Pero entonces habrá que concluir que hay diversos usos posibles de la misma expresión. Lo cual parece de perlas, pues en esta conclusión, o en este punto de partida, se apoya en gran medida la doctrina del significado como uso. Mas en este caso se extiende, y se entiende, tan liberalmente el término "uso" que el uso de "uso" empieza a resultar trivial.

Si leo que el Partido Radical en la República argentina se ha dividido (de nuevo) en ocho grupos distintos, de suerte que no es de extrañar que tal partido siga siendo ineficaz, entenderé de inmediato que las palabras "Partido Radical" son el nombre de un partido político argentino.

Se me dirá, y no sin razón, que lo más prudente es detenerse aquí y abandonar la empresa, porque tan pronto como se me describen las orientaciones políticas de cada uno de los antedichos grupos, me quedo en una completa oscuridad respecto a lo que "significa" la palabra "radical" en la expresión "Partido Radical". En puridad, resulta que el partido radical es un partido muy conservador, y si sigo creyendo que ser radical es exactamente lo contrario de ser conservador —a menos que sea radicalmente conservador y se emplee "radicalmente" en el sentido de "enteramente", "a fondo" y, más propiamente, "de raíz"—, ¿qué agregará mi conocimiento del significado de "radical" a mi entender lo que significa "Partido radical argentino"? Agregará tan poco que no agregará nada; mejor dicho, sustraerá. Por consiguiente, lo mejor será olvidar lo que creía saber acerca de lo que quiere decir "radical" en política y me atenga al uso corriente y moliente de "radical" en la expresión "Partido radical argentino" —un uso que puede no tener nada que ver con "radical" tal como lo había, o creía haberlo, entendido.

Bien, supongamos ahora que me informo acerca de lo que eran los partidos radicales hace setenta y cinco años más o menos. Aprendo, entre otras muchas cosas, que un partido político burgués anticlerical era, a la sazón, considerado como "radical" —y hasta que "radicalismo" se confundía con "anticlericalismo". Voy aprendiendo en qué medida los cambios sociales y económicos, los progresos técnicos, las corrientes inmigratorias, etc., van afectando la estructura de una sociedad en la que persiste un "Partido radical" que va dejando de ser radical en el sentido en que lo era, o se suponía que lo era, hace más de siete decenios. Entiendo que "radical" no quiera decir hoy lo mismo que antaño, pero que, a la vez, no se halle tampoco desvinculado enteramente de lo que antaño aspiraba a querer decir. Entiendo que el nombre "radical" es hoy inadecuado, hasta el punto de "significar" algo nada "radical" —lo que me explica que muchos radicales de hoy no se llamen ya a sí mismos "radicales". Pero entender que el adjetivo "radical" sea hoy "inadecuado", desde el punto de vista de un ayer en que no lo era, no es

ajeno a lo que quiere decir en estos momentos "radical" en la expresión "Partido radical". Sigo usando "radical" como se usa hoy y, por ende, significo por "radical" el uso que de esta palabra hago. Mas este uso incluye (políticamente hablando) un "abuso" que no se daría sin por lo menos una parte de la serie de los usos precedentes.

Es fácil declarar que no cabe confundir un uso con su génesis. El significado de "esclavo" es el uso de "esclavo" y no el de "eslavo" aun cuando fuese cierto que en un tiempo se equipararan los esclavos con los eslavos. Si digo que Pedrito es un viva la Virgen, el uso de "es un viva la Virgen" no tiene necesariamente nada que ver con que el interfecto diga en algún momento "¡Viva la Virgen!", aun cuando pudiera ser cierto que el grito "¡Viva la Virgen!" expresara en algún momento el estado de despreocupación, desenfado y hasta cinismo que van envueltos en el "significado" de "es un viva la Virgen". Perfectamente. Pero inclusive si todos los significados se entendieran en función de usos, no por ello se habrían acabado los problemas relativos a los significados; lo que ocurriría es que estos problemas reverterían sobre los usos. Sigamos diciendo, si se quiere, que el significado es el uso, pero siempre que no pensemos con ello haber llegado al cabo de la calle. En rigor, se nos plantea entonces la cuestión de lo que es un uso. "¿Qué es el uso de una palabra en el lenguaje?" sigue siendo una cuestión disputada (y "¿qué es una palabra en un lenguaje?", una sobre la cual habrá en su momento algo que decir).

5

"Con mucha precaución hundió la larga aguja en la muñeca...". ¿Qué se entiende aquí por "muñeca"?

Pueden entenderse varias cosas, de las que destacaré dos: "muñeca" designa la parte del cuerpo humano donde la mano se articula con el antebrazo, y también un juguete propio de niñas de cierta edad (y acaso condición). Ciertos contextos permiten saber de qué se trata; si se dice "Con mucha precaución le hundió la larga aguja en la muñeca" se entenderá que se trata de una parte del cuerpo. Pero en el primer contexto es difícil (y quizá imposible) saberlo. Se alegará que dentro de un contexto más amplio se puede entender de qué se trata: si la oración citada es parte de una narración en la que se habla de un médico practicando una operación, la muñeca

será una parte del cuerpo; si es una niña que quiere saber si las muñecas "sienten", será la figurilla que funge de juguete.

En general, los contextos despejan los significados, incluyendo los de términos que, como "muñeca", son equívocos. Pero lo que despejan son justamente los significados; al hacerlo así, se hace posible ver si se ha usado el término propiamente. Otros contextos son, en cambio, voluntaria o deliberadamente equívocos. "Muñeca" tiene (por lo menos) dos usos, pero es porque tiene (por lo menos) dos sentidos. ¿Se dirá que el sentido se lo ha dado el uso, y que "muñeca" tiene (por lo menos) dos sentidos porque tiene (por lo menos) dos usos? Entonces dará lo mismo decir "sentido" (o "significado") o "uso" y no habrá razón para armar tanta algazara acerca de si el significado es función del uso o éste de aquél.

De acuerdo: usar "muñeca" significando por este vocablo la parte del cuerpo humano donde la mano se articula con el antebrazo (lo que no quiere decir que esta parte del cuerpo humano sea, propiamente hablando, el significado de "muñeca") es lo mismo que admitir cierto significado de "muñeca" que se usa congruentemente. Si no se usara (o pudiera usar) "muñeca" con tal significado, no lo tendría (tendría otro o no tendría ninguno). Cabe seguir manteniendo que el significado es el uso siempre que se formule este apotegma en una forma un tanto más circunstanciada: "El significado es la posibilidad de ciertos usos en un lenguaje".

No es imposible que un término tenga varios "usos" en la misma expresión y hasta (o sobre todo) dentro de un mismo contexto suficientemente amplio. "El amor que mueve el sol y las demás estrellas" es un célebre verso donde "amor" se usa en más de un sentido. No se objete que no es el sentido "habitual"; para algunas gentes (Dante, entre otros), tal sentido "no habitual" pudo ser más "habitual" que el nuestro. ¿Puede decirse entonces que el significado es el uso? Será más razonable empezar por decir que *los* significados son *los* usos, pero con ello comienza a vacilar nuestra confianza en el apotegma originario. En rigor, sucede que hay aquí un uso con diversos significados. Los cuales no pueden derivarse *del* uso; si se insiste en que los significados son los usos, habrá que suponer que hay más de un uso de "amor" en "El amor que mueve el sol y las demás estrellas", y que se conocen estos usos por los significados. No a la inversa.

El pronunciamiento "El significado es el uso" da a veces en el clavo, y a veces no tanto, y no es siempre fácil saber cuándo da y cuándo no.

Si alguien que (por razones que se verán acto seguido) ha permanecido silencioso durante una comida, sale al final de ésta de su mutismo y dice "Y ahora, amigos míos, voy a refocilarme con un buen habano", al tiempo que saca un puro de la cigarrera, lo enciende y suelta algunas bocanadas, lo normal es suponer que entiende lo que dice: no sólo la pertinente acción acompaña al decir, sino que, además, tal decir es, dentro de las circunstancias del caso, lo bastante amanerado y redicho para hacer suponer que nuestro sujeto es hombre de labia.

Que sea normal suponerlo no quiere decir que no tenga vuelta de hoja. Es poco plausible, pero no totalmente imposible, que el subitáneo hablante no sepa una jota de español, pero que, habiendo aprendido como un loro las palabras "Y ahora, amigos míos, etc." de labios de un amigo que le ha asegurado que en una mesa hispanófona tales palabras son de *rigueur*, al final de la comida, de parte de un invitado extranjero, las suelte sin más mientras saca y enciende el habano que suele fumar tras un suculento ágape.

Si otro invitado extranjero, afanoso de aprender el español, quiere saber el significado de "refocilarse", un hispanohablante podrá decirle: "Vea cómo lo usa su hasta ahora silencioso compatriota". "Sí, ya veo cómo lo usa: refocilarse es algo que, por lo visto, se hace con un buen habano, pero todavía no veo bien lo que hace, excepto sacar el habano, encenderlo y fumarlo. Por su cara de beatitud, supongo que lo que hace con el habano es divertirse. 'Refocilarse' ¿es lo mismo que 'divertirse'?"

Lo menos oportuno es preguntarle al invitado que ignora el español (aunque nadie, salvo el amigo bromista está al tanto de esta circunstancia) qué quiere decir al usar la palabra "refocilarse". A lo mejor, contesta: "Mais, alors, vous voyez bien, je leur ai dit que je suis enchanté d'être avec une si charmante compagnie", lo cual no mejora las cosas.

Se puede alegar que estos ejemplos son no sólo absurdos, mas también insuficientes. No se aprende el "significado" de "refocilarse" oyéndolo una sola vez, sino muchas veces: "Me estoy refocilando con la lectura de este libro, con este programa de televisión, con esta naranja tan apetitosa, etc., etc.". Lo malo es que en cada ocasión

cabe entender por "refocilarse" otra cosa que refocilarse: "Me estoy aburriendo con la lectura de este libro, con este programa de televisión, etcétera".

Supongamos ahora que nuestro sujeto sabe español, pero no hasta el punto de conocer lo que quiere decir "refocilarse". Un buen día pescó este verbo reflexivo, le gustó cómo sonaba, y decidió emplearlo a todo trapo: "Voy a refocilarme con un buen habano", "Voy a refocilarme con la *Crítica de la razón pura*", "Voy a refocilarme con el limpiabotas de la esquina", etcétera.

Si se le pregunta qué entiende por "refocilarse", se quedará de momento un tanto desconcertado, pero no del todo. "Bueno: quiero decir 'entretenerme', 'pasar un buen rato', etc.", lo cual no está del todo mal, porque, de todos modos, por ahí anda la cosa. Pero no vamos a contentarnos con esta respuesta; a este tenor, andaríamos a trompicones con el lenguaje. Por otro lado, el contexto dentro del cual el sujeto usa "refocilarse" no es siempre suficiente para determinar lo que quiere decir con este verbo. No sería imposible, aunque fuese implausible, que alguien pensara sulfurarse (y se sulfurara) con un buen habano, con la *Crítica de la razón pura* o con el limpiabotas de la esquina. Se dirá entonces que esta persona usaría "refocilarse" incorrectamente, pero en tal caso habría que concluir que hay un uso "correcto" que resulta ser el "normal" u "ordinario", lo que suscita más problemas de los que resuelve: el problema de si hay, y por qué hay, un uso normal y ordinario o corriente, y sólo un uso, y de quiénes procede y a quiénes se debe; el problema, íntimamente ligado con el anterior, de si un uso estimado "anormal" no podría ser (como ocurre con frecuencia) el comienzo de uno estimado "normal", y por qué entonces sería normal después de no haberlo sido y, sin embargo, ser en ambos casos el mismo uso, etc., etc., etc. Supongamos, empero, que "refocilarse" no sea lo mismo que "sulfurarse"; que, en suma, "refocilarse" quiera decir justa y precisamente lo que quiere decir. Pero lo que quiere decir es lo que significa y por eso se usa del modo como se usa —más precisamente, es lo que significa en tal o cual momento (o dentro de tal o cual dialecto u sublengua) y por eso se usa en tal o cual momento (o dentro de tal o cual dialecto o sublengua) del modo como se usa.

Nada de lo dicho presupone (como se verá en su tiempo) que los significados no procedan de usos. Lo que se hace con los términos de una lengua es usarlos, no tostarlos o comérselos (excepto metafóricamente). Sin embargo, que los significados procedan de (o co-

miencen con) usos no justifica que se expliquen completamente por éstos —a menos de entender “uso” de un modo tan dilatado que absolutamente todo (el contexto lingüístico, la situación humana, la lengua entera) quede incluido en él.

Este último punto es capital, lo que nos obligará a reiterarlo o a formularlo desde diversos ángulos.

Céline escribió una vez: “. . . adverbializar la agonía” (que era, según este enfurecido autor, lo que hacen los escritores repugnantemente exquisitos). El significado de “adverbializar” es el uso (nada “normal”) que hace de él Céline, y que seguiría siendo admisible aunque este autor hubiese sido el único (y por ventura lo ha sido) en haberlo puesto negro sobre blanco. Se entiende “adverbializar” porque se entiende “adverbio” y se ve a las claras cómo funciona en la frase citada. Con ello “adverbializar” adquiere un significado que antes no tenía y que está, por decirlo así, “ahí” (aunque seguramente no para siempre), listo para ser usado de nuevo por quien guste de semejantes artimañas.

7

“He cruzado el Ecuador dos veces”. Perfectamente; es claro que quien tal anuncia quiere decir que ha cruzado dos veces el país cuyo nombre es “el Ecuador” o bien el círculo máximo también así llamado.

Concluimos que en ambos casos usa las palabras “He cruzado, etc.” correctamente. Pero, ¿cómo lo sabemos? Supongamos que el interfecto entienda por “el Ecuador” algo así como “aquella línea fina, fina, que divide el globo en dos partes, Norte y Sur; por desgracia, el mar estaba tan revuelto que no alcancé a divisarla ninguna de las dos veces”.

Por supuesto que si tal entiende por “el Ecuador” anda equivocado de medio a medio. Lo cual equivale a decir que el uso correcto de “el Ecuador” depende de la correcta información que se tenga acerca de lo que así se llama. No depende de ningún consenso social, aunque puede haber, de hecho, un consenso que haga que todo el mundo use “el Ecuador” para designar “aquella línea fina, fina, etc.” En algunos casos, por tanto, el uso correcto de un término es, por así decirlo, más extralingüístico que intralingüístico. Por supuesto que “el Ecuador” es un nombre propio, y que en ello radica en gran parte el secreto del mejor o peor fundamento de su uso

correcto. Pero el término “masa” no es un nombre propio, y puede usarse correcta o incorrectamente dentro de un vocabulario relativamente bien especificado —por ejemplo, el de la física.

En todo caso, parece difícil (o imposible) saber si nuestro viajero usa o no “El Ecuador” correctamente. Se alegrará que si no lo usa incorrectamente, con su pan se lo coma; esos usos meramente “subjettivos” no son, propiamente hablando, usos, sino abusos. Pero entonces, ¿por qué un uso “subjettivo” puede ser en más de una ocasión, no un abuso, sino el principio de un nuevo uso? Que les parezca a algunos un abuso, no empece para que efectivamente lo sea. ¿No parece un abuso “adverbializar”? ¿Cuántas palabras no parecen ser un abuso para quienes no están acostumbrados a su uso?

Consideremos brevemente este punto. Si el significado de una palabra es su uso, ¿qué ocurre cuando se usa una palabra “abusivamente”? Esto puede ocurrir de dos modos: o como comienzo de un nuevo uso, o como un abuso hecho y derecho y, por si fuera poco, perfecta y aviesamente deliberado. Por ejemplo, las palabras “burgués”, “imperialista” y “comunista” se usan abusivamente (según las regiones). ¿Qué significado tienen en tales casos?

Se contestará que su significado sigue siendo su uso, y que éste consiste en su empleo abusivo: el uso es, en suma, el abuso. Se entiende perfectamente lo que “significan” porque “significan” justa y precisamente tal uso abusivo. Puede agregarse que estas palabras no se usan para describir, sino más bien para insultar —o, lo que es lo mismo (si no peor), que son insultos disfrazados de descripciones—: decir que Recaredo es un burgués no quiere decir necesariamente que pertenezca a la clase burguesa, sino más bien que es un repugnante e infecto ciudadano; decir que Patricio es un comunista no quiere decir necesariamente que sea miembro del Partido Comunista (o de algún Partido más o menos comunista), sino que es un sujeto peligroso, etc. Pero entonces lo que se dice es lo que se “quiere decir”, de modo que el significado no será el uso, sino algo así como el “propósito” o la “intención”.

Las dos últimas palabras entrecomilladas son de las que, según los casos, despiertan iracundia o desencadenan piadosos guiños; después de haber puesto los actos mentales en la picota como fuentes de significados, ¿vamos ahora a resucitarlos bajo la guisa de “propósitos” o de “intenciones”? Un poco de paciencia. Todavía no está escrito que los propósitos y las intenciones sean actos mentales (aunque vayan acompañados de ellos). Un propósito no es un acto que empieza en un momento más o menos preciso y termina en otro

momento más o menos preciso —por ejemplo, cuando la expresión verbal lo envuelve o completa. Propósito o intención, en el sentido que aquí nos concierne, es un querer decir que empieza ya desde luego expresándose verbalmente (aunque pueda ser, y suele ser, de forma un tanto inapropiada o inadecuada). No sugiero ahora un nuevo apotegma tal como “No te ocupes ni del significado ni del uso, sino del ‘propósito’”, porque es casi seguro que acabaría, como todos los de su especie, por naufragar en un mar de confusiones. Pero no veo por qué el querer decir algo (que en ello consiste semejante “propósito”) no pueda formar parte integrante del decirlo. Lo que se quiere decir es justa y precisamente lo que se fija en una expresión lingüística, donde queda entonces objetivado y (relativamente) estabilizado.

8

“Dorotea bajó la escalera en un bulle-bulle de faldas”. ¿Qué quiere decir “bulle-bulle”? Respondamos, por lo pronto: “Hay que ver cómo se usa ‘bulle-bulle’”. “Bien; acabo de ver cómo se usa, y sigo estando a oscuras”. ¿Es un ruido peculiar que producen las faldas (algo así como el crujir de las sedas)? Pero las faldas de Dorotea, al bajar la escalera, pueden no producir ningún ruido, ni siquiera el más leve crujido, y seguir diciendo que la susodicha Dorotea bajó la escalera en un bulle-bulle de faldas. ¿Es una agitación de las faldas? (consulto a hurtadillas el Diccionario y veo que “bulle-bulle” es un sustantivo que describe a una persona inquieta y entrometida, lo que no me sorprende demasiado: “bullente”, esto es, “que bulle”; de “bullir”; “bullicio”, “bulliciosamente”, etc., de modo que aquí tenemos un curioso, y original, empleo de “bullebulle” que consiste en uno de los llamados “usos figurados”, pero se supone que oficialmente ignoro estos detalles y paso adelante).

Suelto la esponja y digo: “Por el uso, y sólo por él, no veo bien claro lo que significa ‘bulle-bulle’. Tengo vagas presunciones y hasta algo así como una corazonada, pero con estos elementos no me atrevo a meterme en la semántica, y mucho menos en la aplicada”.

“No complique usted las cosas. No he dicho (no ‘he querido decir’) que vea cómo se usa ‘bulle-bulle’ en esta sola y única ocasión. No se aprende el uso (y, por ende, el significado) de las palabras así como así. Los niños, que lo pescan todo al vuelo, tardan un buen rato en aprender y no digamos en enterarse de lo que dicen. Vea

cómo se usa ‘bulle-bulle’ en otras ocasiones, y ya me contará. Si usted no supiera lo que quiere decir ‘cama’, pero oyera frases como ‘Agapito se pasa las horas muertas tendido en la cama’, ‘El Hospital General dispone sólo de ciento cincuenta camas (para sus pacientes)’, ‘Tenemos (en nuestro hotel) camas dobles y camas sencillas. ¿Cuáles prefiere?’, ‘En vez de poner la cama en el dormitorio, la puso en la cocina; le gustaba dormir en la cocina’, no me dirá usted que no ha entendido lo que quiere decir ‘cama’, y lo ha entendido por el uso reiterado de ‘cama’ en varios contextos. ¿Por qué no hace lo mismo con ‘bullebulle’?”.

“Pues porque el uso de ‘bullebulle’ es mucho menos moliente y corriente que el de ‘cama’. Además, puede muy bien ser un uso peculiar de un autor, que no por ello le quita significado al término, antes bien lo realza. Lea usted a Valle-Inclán, y verá que la cuestión del uso es más fiera de lo que me pinta. O lea usted a James Joyce: *Alice will feel the pullpull*; ¿qué me dice de *pullpull*? ¿Qué tendrá que ver cómo se usa? Pero la verdad es que no se usa; lo usa James Joyce. No lo usa, claro, arbitrariamente; lea lo que Bello le dice a Bloom, y la escena en la casa de Ienocinio; lea el *Ulysses* de cabo a rabo y entonces, pero sólo entonces, comenzará a comprender el complejo ‘juego lingüístico’ de Joyce, en el cual figura, entre otras muchas palabras, *pull-pull*. De modo que, en último término, estoy con usted: veamos cómo se usa la palabra disputada, pero entonces no creamos haber terminado nuestras tareas con la averiguación del uso, entre otras razones porque lo más probable es que no haya *el* uso, ni siquiera dentro de un mismo contexto lingüístico. Si quiere que lleguemos a un completo acuerdo, tendremos que entender por ‘uso’ todo lo que interviene en lo que se llama, con mayores o peores razones, el ‘significado’ de una palabra; por ejemplo, la situación en la cual la palabra se usa. Si ‘uso’ es *todo*, será también el significado, pero entonces habremos empezado a perder el control de lo que se entiende por ‘uso’”.

Dejemos a nuestros contrincantes seguir el diálogo, y prosigamos por nuestra cuenta. Hay palabras que se usan como si fuesen consignas; son palabras que, como apuntó Hans Lipp, se siguen ciegamente. Las mismas palabras (y aun en el mismo contexto lingüístico) pueden no usarse como consignas y no ser ciegamente seguidas. ¿De qué modo no usamos como consigna una palabra que otros pueden usar como tal? Parece que el único modo de hacerlo es ponerse en una cierta situación —por ejemplo, reflexionando sobre las palabras proferidas. “Pásame la sal” no es (necesariamente)

una consigna; es una expresión en el “juego lingüístico” que consiste en pedir algo (esperando conseguirlo). “Pásame la sal” puede convertirse en una consigna, en el sentido más normal de la voz “consigna”, puedo, por ejemplo, como director de una instalación nuclear secreta, ordenar que sólo a los que profieran las palabras “Pásame la sal” les sea permitido el paso. ¿Qué significa entonces “Pásame la sal”? Evidentemente, será el uso que se haga de esta expresión. Pero al mismo tiempo es cierto que se hace uso de una expresión que quiere decir “Pásame la sal” para efectos distintos que pedir la sal. No por ello “Pásame la sal” querrá decir “Soy uno de los pocos a quienes se permite la entrada”.

9

“Pues es bien sabido que a medida que un hombre envejece, madura su juicio pero reacciona con más lentitud”.

Puede aplicarse esta sentencia del lenguaje. Aun con palabras corrientes, puede suceder que Ruperto reaccione rápida y “adecuadamente” a ellas, en tanto que Sempronio reaccione lentamente; con todo, Sempronio puede tener un mejor “conocimiento” de lo que las palabras “significan”.

“Déme el jarro de agua, por favor” puede suscitar una reacción rápida, que consistirá en pasarle a quien lo pide el jarro de agua (o en negarse a dárselo). Se ha entendido lo que quiere decir “agua”, porque se ha pescado en un momento el uso del término. Puede suscitar también una reacción lenta en quien empiece a pensar en el asunto: agua, cosa transparente, símbolo del perdón de los pecados más o menos originales; puede darse en forma sólida; H₂O; Tales de Mileto pensaba que todas las sustancias son, en último término, agua (o algo en estado líquido), etc., etc. Con este modo de ver las cosas, es probable que el que pide agua tenga que esperar un momento a recibir el jarro. La cuestión es saber si todo lo que se piensa acerca del agua está completamente fuera de lugar cuando alguien dice “Pásame el jarro de agua, por favor”.

En algún sentido, está fuera de lugar, pero sólo si se cree que el término “agua” tiene un solo y único significado en el “juego lingüístico” consistente en pedir un jarro lleno del líquido que el término nombra. Lo cual equivale, además, y sobre todo, a suponer que “agua” tiene sólo el “significado” que tiene en el uso que se hace de la palabra en tal o cual situación determinada. Pero esto no es

en modo alguno irrefutable. ¿Por qué ha de tener sólo este “significado” y no otro? ¿No será lícito suponer que “agua” tiene un significado más “amplio”? ¿O que tiene un cierto significado que es el que le doy cuando pido agua?

Y aun si así no fuese, ¿en qué medida puede juzgarse que es impertinente pensar en el significado (o significados) de “agua” cuando estoy meramente jugando (en apariencia) el precitado juego lingüístico? Recuérdese el ejemplo dado por Wittgenstein del jugador de ajedrez que piensa en algo (por ejemplo, en el cielo estrellado sobre su cabeza y en la ley moral dentro de sí) en el momento de mover una pieza. Sus pensamientos no forman parte del juego y son, por ende, impertinentes. Mejor que pensar en tales bobadas, será adquirir maestría en el rápido movimiento de las piezas; de este modo podrá introducir confusión en el ánimo de su contrinante: cuanto más de prisa reaccione, tanto mejor “entenderá” la jugada, o jugadas. Si se trata de jugar bien, convendrá olvidarse de cielos estrellados y de leyes morales.

Bien, pero, ¿en qué medida los “pensamientos” que parecen “impertinentes” lo son? ¿Qué ocurre con el jugador que está pensando en el papel que los juegos desempeñan en la vida humana, en la historia del ajedrez, en la estética del juego, etc? Acaso en consecuencia su juego padezca. ¿Quiere decir esto que entenderá menos del juego? ¿Consiste “entender” en jugar con eficacia? ¿No será posible jugar mal y entender bien? Análogamente, ¿no será posible practicar deficientemente un juego lingüístico y entenderlo a las mil maravillas?

Por supuesto que el jugador tiene que jugar (y el hablante, hablar). De lo contrario, el juego (y el lenguaje) se terminarían a fuerza de “pensamiento”, “reflexión” y “madurez”.

El punto capital en el argumento —en el ejemplo— de Wittgenstein es que el lenguaje es algo así como el habla en acción. Lo cual es muy cierto: usar el lenguaje es actuar (hablar, escribir, entender, etc.). Sin embargo, eso no es todo; en todo caso, no es perfectamente obvio. Pongámonos en un caso extremo y consideremos que la madurez suprema consista en darle vueltas a una cosa en vez de hacer uso de ella. Es lo que los filósofos —incluyendo al propio Wittgenstein— suelen hacer. ¿Qué van a hacer si no? La filosofía es en buena parte un (terco) intento de entender inclusive si con ello el actuar sufre un poco (no si sufre por entero y se produce, por ende, una completa parálisis). Cuanto más vueltas le damos a una palabra, tanto menos estamos dispuestos a usarla sin más. Lo

cual no significa (o quiere decir, perdóneseme) que cualquier palabra en cualquier contexto merezca ser retorcida hasta la exasperación. Hay “juegos lingüísticos” en los cuales resultaría necio tratar de hacer grandes jugadas. Wittgenstein tenía razón cuando recomendaba devolver las palabras a su “país nativo”; todos nos entendemos mejor cuando no pretendemos a toda costa ser lo que no somos. La cuestión es si la descripción por el filósofo de tal “patria nativa” es adecuada. Creo que no lo es, o no lo es totalmente, pero tratar esta cuestión merecería muchas más páginas.

LENGUAJE Y ONTOLOGIA EN TORNO AL WITTGENSTEIN DE E. K. SPECHT

Por RAMÓN CASTILLA LÁZARO

I

COMO es notorio, una parte considerable de la actual filosofía ve en el lenguaje la actividad constituyente de los objetos, la primera de las ontologías. Nadie va a negar la importancia filosófica del lenguaje, puesta de relieve desde muy antiguo, pero que hoy ha pasado a primer plano de la filosofía. Sin embargo, también ocurre que si alguien se atreve a proclamar que hay una realidad de objetos articulados con anterioridad al lenguaje, debe esperar una respuesta semejante a la que Stegmüller ha dado a Bertrand Russell: “Algunos filósofos—entre ellos también Bertrand Russell—han objetado contra la filosofía tardía de Wittgenstein que, repentinamente, Wittgenstein descuida por completo la ‘conexión entre lenguaje y realidad’, que no se esfuerza en esclarecer la pregunta de cómo nuestro lenguaje ‘está referido al mundo real’. Si Wittgenstein hubiese tenido ocasión de atender a estas objeciones, éstas le hubiesen dado una buena oportunidad para réplicas sarcásticas semejantes a las que hemos encontrado como respuestas fingidas a las objeciones contra sus pensamientos. Pues la manera como están formuladas esas objeciones muestra que los oponentes son prisioneros de esa manera de pensar que Wittgenstein trata de